LOS ACONTECIMIENTOS DE UGANDA

El 25 de enero de 1971, el general Idi Amin Dada, al frente del grueso de las fuerzas militares ugandesas, daba un golpe de Estado[1], y después de doce horas de fuertes combates, derribaba del poder al presidente Apollo Milton Obote, que se encontraba en viaje de regreso desde Singapur, donde había asistido a la Conferencia de la Commonwealth. El general Amin se hacía cargo del mando supremo y explicaba al país, en una alocución radiodifundida, que ejercería el poder sólo el tiempo estrictamente necesario para promover la reanudación de la vida política y la celebración de elecciones libres que garantizasen el retorno al poder civil. Expresaba también su anhelo de mantener relaciones amistosas con todos los países del orbe, aunque se declaraba dispuesto a rechazar enérgicamente cualquier intromisión exterior en los asuntos internos de Uganda.

El general Amin es una figura pintoresca del continente. Fue antiguo boxeador en la categoría de los pesos pesados, y esto le proporcionó una rápida popularidad. Como Obote, Amin procede de la tribu Kakwa, asentada en el Norte del país. Tiene ahora cuarenta y siete años; profesa la religión musulmana en un país de predominio cristiano, y tiene cuatro esposas. Su carrera militar ha sido vertiginosa. Entró en el Ejército británico como simple soldado en 1945, participando en la campaña de Birmania. Más tarde intervino en las operaciones desplegadas en Kenya contra el Mau-Mau. En 1962, al proclamarse la independencia era sargento, y al año siguiente, comandante. En 1964, cuando tenía el empleo de coronel, fue enviado al Congo-Kinshasa para asesorar a los rebeldes simbas. En 1968 ascendía a general.

No obstante sus reiteradas declaraciones, en las que reafirmaba sus aspiraciones democráticas, su régimen fue acogido con evidente recelo en los países más radicales del continente. Tan sólo tres días después de instalarse

[1] V. Julio COLA ALBERICH: «Uganda-Tanzania: el camino hacia una guerra», *Mundo*, núm. 1643, 30 octubre 1971. Julio COLA ALBERICH: «Golpe de Estado en Uganda», número 114 de esta REVISTA.

en el poder afirmaba que los datos recogidos por los Servicios de Información indicaban que el Ejército de Tanzania se preparaba para invadir Uganda y reinstalar al depuesto presidente Obote, que había sido acogido amistosamente por el presidente Nyerere en Dar Es Salaam, donde se le había concedido asilo político. El periódico gubernamental tanzanio *The Standard* había calificado el golpe de Amin como «de derechas», y agregaba que era «la cosa más triste y vergonzosa que puede ocurrir a Uganda, al Africa oriental y a Africa en conjunto». Instigados por estas campañas, miles de manifestantes recorrían las calles de la capital tanzania reclamando armas para luchar en Uganda. Al propio tiempo, Nyerere desplegaba todos sus resortes diplomáticos en apoyo de Obote.

Respondiendo a sus llamamientos, Sudán, Zambia, Guinea y Somalia se negaban a reconocer el régimen de Amin. Obote emprendía una frenética actividad para aislar a su rival, y se presentaba en Nairobi y Addis Abeba, en cuyas capitales se entrevistaba con el presidente Jomo Kenyatta, y con el emperador Haile Selassie, solicitando que apoyaran su causa. La reacción de Guinea le resultó particularmente lisonjera, ya que Seku Ture dirigía un mensaje a Idi Amin pidiéndole que renunciase a su «confiscación del poder por respeto a su pueblo y a los de Africa». Amin, en vez de constituir un Gabinete militar, para evitar las censuras exteriores, designaba un nuevo Gobierno, formado principalmente por antiguos altos funcionarios del régimen de Obote. De tal forma esperaba esquivar las críticas de sus adversarios más enconados. No obstante, el presidente de Zambia, Kenneth Kaunda, secundando a Nyerere, afirmaba el 6 de febrero que el golpe de Estado de Uganda había sido llevado a cabo por «elementos reaccionarios, cuyo único objetivo es promocionar sus intereses personales». En aquellos críticos momentos Amin resultó beneficiado por la disparidad de puntos de vista de sus adversarios, que no lograron ponerse de acuerdo entre sí. Ghana, por ejemplo, reconocía al régimen instaurado en Kampala y Zaïre le mostraba abiertamente sus simpatías, enviando el general Mobutu un expresivo mensaje de simpatía a su compañero de armas. Esto no impedía que, al iniciarse la conferencia ministerial de la Organización de la Unidad Africana fuese puesta en duda la legitimidad de la delegación ugandesa enviada por Amin, que no pudo ocupar su escaño, pese al voto favorable de Ghana, Nigeria y Liberia.

Sintiéndose amenazado, Amin se dirigía a Israel en visita oficial, consiguiendo que le enviaran 60 instructores militares y varios centenares de

asesores técnicos. Reforzó, mediante esta ayuda, considerablemente su Ejército y se dispuso a resistir hasta el final las asechanzas de los países africanos que le mantenían en el ostracismo. Le preocupaba especialmente la colindante Tanzania, donde vivía exiliado su rival Obote, que había reunido en torno suyo a varios millares de simpatizantes, a los que entrenaba militarmente para reconquistar el poder. Amin afirmó en varias ocasiones que los comandos de Obote estaban siendo instruidos por militares chinos. Aunque existe en Tanzania una visible presencia china, especialmente de técnicos, no es posible compartir tan arriesgada información, aunque, sin puntualizar a quién corespondía esta ayuda, lo cierto es que las partidas adictas a Obote estaban recibiendo armamento y se entrenaban para el combate.

Obote, secundado por Nyerere, su fraternal amigo, no logró sus propósitos de aislar económica y políticamente a Uganda, como pretendía. Pero en Tanzania se autorizaban de forma elocuente las actividades de los miles de ugandeses fieles a Obote. El 13 de julio varias partidas armadas de estos exiliados franqueaban la frontera y atacaban a las fuerzas gubernamentales de Amin, dando muerte a 17 soldados. Los combates se desarrollaron en Moroto, Jinja y Magamaga, en pleno territorio ugandés, lejos de la frontera de Tanzania. En aquel momento tan sumamente delicado Amin se encontraba en Londres en visita oficial. Se había escogido esta oportunidad, creyendo que la presencia de los comandos de Obote provocaría el levantamiento en masa de sus partidarios que residían en Uganda. Pero la realidad demostraba que el depuesto presidente había superestimado el apoyo popular con que creía contar, porque no se produjo ninguna tentativa de sublevación, y los comandos incursores fueron fácilmente eliminados por las fuerzas armadas gubernamentales. El 24 de agosto se producía un nuevo y sangriento choque entre soldados ugandeses y patrullas procedentes de Tanzania a 320 kilómetros al sureste de Kampala. Amin declaraba públicamente que entre los cadáveres recogidos figuraba el de un coronel chino. El 27 de agosto se reproducían las escaramuzas, y en la aldea de Matukula se libraba un fuerte combate, saldado con la muerte de «12 soldados tanzanios», según afirmaba el comunicado de Kampala, que sintomáticamente insistía en que las fuerzas invasoras estaban compuestas por soldados regulares del Ejército del país vecino. El día 30, al continuar los combates esporádicos, el general Amin decidía asumir personalmente el mando del Ejército ugandés, al que ordenaba evacuar el territorio conquistado en Tanzania y retirarse detrás de las fronteras de su país. Con estas acciones bélicas parecía iniciarse una

fase de enfrentamiento armado entre los dos países, y esto motivaba la intervención del presidente de Nigeria, general Yakubu Gowon, que se esforzó en apaciguar a los contendientes. En un mensaje a ambos jefes de Estado les pedía «en nombre de Dios y de los intereses de los pueblos» respectivos que mantuviesen la paz, puesto que, según afirmaba, «estoy seguro de que ambos países pueden solucionar fácilmente sus divergencias».

La mediación del presidente nigeriano surtía efecto, y la calma, aunque precaria, parecía restaurada. No obstante, subsistía una clara hostilidad latente entre Kampala y Dar Es Salaam, debido tal vez a la incompatibilidad personal de los dos presidentes.

Amin, hombre versátil, cambió ostensiblemente de política en 1972. Buscando motivos para granjearse la simpatía de uno de los Estados más ricos e influyentes del continente, Libia, enemigo declarado de Israel, en abril decidió expulsar a los asesores militares y técnicos que habían acudido en su ayuda pocos meses antes. Para justificar su decisión declaraba que estaban saboteando su régimen. La dureza con que actuó en esta ocasión causó un profundo impacto en el continente.

El 5 de agosto Amin anunciaba que, inspirado por Dios, había hallado una solución «definitiva» al problema que planteaba a Uganda la presencia de 80.000 indostánicos (indios, pakistaníes y del Bangla Desh). Esa solución consistía pura y simplemente en la expulsión de los mismos en el plazo de tres meses. Un decreto en tal sentido se publicaba el día 9, precisando que la medida afectaba solamente a quienes poseyeran pasaporte británico.

La noticia causó consternación en Londres, que se veía enfrentado a una situación mucho peor que la planteada en 1968, cuando Kenya adoptó medidas contra los asiáticos residentes en su territorio y ocasionó el éxodo de varios millares a la Gran Bretaña. Entre otras consecuencias, las medidas de Amin obligarían a modificar la decisión de no conceder más de 3.500 visados anuales a sus súbditos asiáticos. La primera reacción de Londres fue la de ejercer presiones económicas para que el Gobierno de Kampala reconsiderase su actitud. El 7 de agosto, el secretario del Foreign Office, sir Alec Douglas-Home, declaraba a la Cámara de los Comunes que el general Amin demostraba una «grave irresponsabilidad» si llevaba a la práctica sus amenazas porque en ese caso «el Reino Unido se vería obligado a revisar el conjunto de sus acuerdos económicos con Uganda». Esta amenaza fue más tarde llevada a la práctica, congelándose los préstamos destinados a ese país africano.

La tentativa fracasaba porque el día 9 el general confirmaba de forma irrevocable su determinación de seguir adelante con la expulsión de los asiáticos afectados, que deberían salir del país antes del 7 de noviembre. Al término de su entrevista con el alto comisario británico, Slater, indicaba que su determinación se aplicaría tanto a los asiáticos de procedencia india como a los pakistaníes o del Bangla Desh. Solamente se exceptuarían a los titulados superiores (médicos, ingenieros) o el personal cualificado que trabaja para el Gobierno de Kampala, así como los directores de las grandes compañías. Agregaba: «no es por racismo por lo que pedimos a los asiáticos que salgan de nuestro país. No somos racistas y no tenemos ninguna animosidad contra los asiáticos o los restantes extranjeros. La decisión ha sido adoptada en interés de la economía de nuestro país y está sostenida por 10 millones de ugandeses».

La Gran Bretaña no perdía las esperanzas de encontrar una solución satisfactoria y enviaba al ministro Geoffrey Rippon a Kampala para tratar, por lo menos, de demorar la aplicación de la orden de expulsión. Rippon llegaba a la capital ugandesa el día 12 de agosto, pero el general Amin «no tenía tiempo para recibirle» y le hacía esperar hasta el 13, en cuyo día accedió a la entrevista. El negociador británico no conseguía modificar la inflexible postura de su interlocutor y se limitaba a declarar que el Reino Unido asumiría «sus responsabilidades legales y morales» respecto a sus súbditos.

El 21 de agosto el primer ministro, Edward Heath declaraba en Manchester que la Gran Bretaña «haría honor a sus obligaciones» con respecto a los asiáticos expulsados. No obstante, Heath, que tan dignamente encajaba el golpe de Kampala, no podía sentirse tranquilo al conocer las corrientes de disgusto que se manifestaban en ciertos sectores de la opinión pública ante la inminente entrada masiva de asiáticos en el país. Sus indudables temores podían verse confirmados el día 25 por la dimisión de Bernard Perkins, uno de los 11 miembros de la Comisión de Relaciones Comunitarias. Perkins afirmaba que la decisión gubernamental de admitir a esas muchedumbres causaría sobre las relaciones interraciales peor efecto que «millares de discursos de Enoch Powell». Muchos municipios que contaban ya con numerosas familias de inmigrantes de color hacían saber que no recibirían a expulsados de Uganda más que en tránsito. La Gran Bretaña —que cuenta con una población de color que supera el millón y medio de personas— no

puede superar esa cifra, según opinan los demógrafos, sin arriesgarse a introducir violentos factores de tensión.

Para tratar de sosegar a la opinión soliviantada, Heath, cuando hablaba en Manchester, había realizado ya diversas gestiones acerca de otros países, principalmente de la Commonwealth, para que se mostrasen dispuestos a acoger el mayor número posible de los emigrantes de Uganda. Pocos días después recibía con satisfacción la noticia de que el Canadá estaba dispuesto a recibir de 10.000 a 15.000 de estos asiáticos. Suecia —el país que tanto ha clamado por la supresión de los sentimientos raciales— sólo estaba decidido a admitir a 300, según declaraba el jefe del Gobierno, Olof Palme. Rippon emprendía una amplia gira por todos los países del Extremo Oriente para tratar de acomodar allí al mayor número posible de expulsados, y Londres, según informaba lord Haileham en la Cámara de los Lores, iniciaba gestiones para que los países hispanoamericanos recibiesen una cantidad sustancial de asiáticos.

A su vez, Heath se esforzaba en conseguir las mejores condiciones en el éxodo de los asiáticos de Uganda. En Manchester ya había manifestado su esperanza de que a los expulsados se les permitiera abandonar el país «con dignidad» y llevar consigo sus bienes y economías, «a fin de rehacer su vida en condiciones favorables». Pero Amin —que ordenaba la preparación de campos de concentración para internar a los que no abandonasen Uganda en el plazo fijado— imponía inhumanas condiciones al exigir que los expulsados estaban obligados a vender sus bienes a los africanos antes de su marcha y al negarse a autorizar la salida del dinero que obtuviesen por esas ventas, dinero que debería ser entregado a las autoridades a cambio de unos bonos sin ningún valor. Se trataba de un saqueo en toda regla.

Si se indagan las posibles causas de esta dura actitud del extravagante general Amin, al proceder a la expulsión de los asiáticos, pueden encontrarse algunas explicaciones que reflejen tal vez la realidad de los hechos.

Entre esas causas posibles deben ocupar un lugar importante las que, en opinión del general, pueden apuntalar su inestable régimen. No es posible pasar por alto la circunstancia de que, pese al tiempo transcurrido en el poder, el régimen instaurado por Amin no se ha consolidado en el interior, donde existe todavía una apreciable masa de elementos que añoran el retorno al régimen de Milton Obote. Esos elementos han mostrado su disgusto en vista de las acuciantes dificultades económicas. El país registra un paro excepcionalmente elevado; los recursos son cada vez más insuficientes, y tan

agobiadora situación dista de ser un factor que juegue en favor del régimen de Amin. La minoría asiática residente en Uganda, al igual que ocurre en los países limítrofes, especialmente en Kenya, controla el comercio y la pequeña industria y actúa como una minoría cerrada que no proporciona puestos de trabajo a los africanos, sino que cubre sus necesidades con miembros de sus familias o con otros connacionales que hace venir del subcontinente indostano cuando surge la necesidad de cubrir alguna plaza. En estas circunstancias los asiáticos no son populares en Uganda, sino que son vistos con prevención. Ultimamente se habían desatado agudas críticas por acusarles de exportar fraudulentamente los beneficios que obtenían con su actividad comercial y situarlos en bancos del extranjero, perjudicando la buena marcha de la economía nacional. Se trataba, pues, de buscar desesperadamente algunas ocupaciones para los parados africanos que integraban una masa levantisca, especialmente para aquellos que habían efectuado estudios secundarios y que no encontraban empleo. Nadie mejor que los odiados asiáticos para servir de víctimas propiciatorias a Amin, que podría colocar en su lugar a varios millares de africanos y disminuir la tensión contra su régimen. Por otra parte, su régimen no era contemplado con simpatía en los países más radicales del continente, que le tachaban de reaccionario. Mediante la expulsión de los asiáticos daría satisfacción a las envidias de muchos ugandeses, codiciosos de las riquezas acumuladas por los indostánicos, dándoles la oportunidad de apoderarse de ellas a precios irrisorios. Esto, en opinión de Amin, aumentaría su popularidad entre las multitudes africanas y consolidaría su poder personal. Al propio tiempo, tan draconiana conducta suscitaría el respeto de sus colegas africanos que no podrían censurarle de moderado o reaccionario. Para una mentalidad tan primitiva como la de Amin, el decreto del 9 de agosto representaba la panacea.

Pero Amin no ha conseguido plenamente los objetivos acariciados. Resulta significativo que el 20 de agosto, 2.000 estudiantes de la Universidad Makarere se reuniesen con el jefe del Estado para expresarle su disgusto por estas expulsiones y le invitaban a reconsiderar sus medidas. Amin se mantuvo recalcitrante: «Os lo digo con toda franqueza, al pediros que me comprendáis. La táctica a la que se entregan los asiásticos es contraria a los intereses del pueblo ugandés», para lanzar seguidamente una fantástica serie de acusaciones contra sus víctimas; acusaciones tan inverosímiles, que demuestran, o una refinada perversidad calumniadora, o una increíble ignorancia, impropia de un gobernante que ocupa tan elevada posición. Decía que

los asiáticos «introducen sal en los motores de los vehículos que revenden y averían los aparatos de radio y televisión que venden... Incluso son capaces de sumergir en ácidos los vestidos que os ofrecen». Tales manifestaciones, divulgadas por la prensa de su país, retratan suficientemente a tan pintoresco personaje.

También ha fracasado en la faceta exterior de su programa, porque sus adversarios se han limitado a criticar su conducta con gran aspereza. En Dar Es Salaam, el presidente Nyerere decía: «Todo racista, no importa de qué país, es una especie de animal, y Amin es un racista.» También el presidente de Zambia, Kenneth Kaunda, se expresaba en términos análogos. Tal vez quien mejor le haya catalogado sea el ex primer ministro británico, Harold Wilson, quien, rompiendo su mutismo estival, declaraba el 4 de septiembre, refiriéndose a Amin: «No soy psiquíatra, pero sus manifestaciones intelectuales, sus declaraciones y sus actos extraordinarios dejan suponer que se trata de un desequilibrado como no se había conocido otro en la Commonwealth.» No obstante, algunos de sus colegas no ocultan su admiración por el ex boxeador a causa de esta conducta. Así, el general Bokassa, presidente de la República Centroafricana —muy célebre en estos últimos meses a causa de su decisión de apalear hasta la muerte a los ladrones, tarea que cumple en la prisión central los sábados—, que se encontraba en Kampala en visita oficial, invitaba el 2 de septiembre al pueblo ugandés a unirse en torno al general Amin para ayudarle en su lucha por «la liberación de la economía ugandesa de la dominación extranjera». Bokassa calificaba a su anfitrión de «gran general», capaz de las mayores proezas, desde el boxeo hasta el dominio de los más diversos instrumentos musicales, y proponía al auditorio la composición de un canto en honor del bizarro general.

Por otra parte, la decisión de incluir a los asiáticos titulados, tal como dispuso últimamente, entre los que se hallan sujetos a la orden de expulsión, ha de repercutir desfavorablemente en la aplicación correcta de los planes de desarrollo económico. Este contratiempo nacional piensa aprovecharlo Amin para ligarse más estrechamente a ciertos países de gran influencia en el continente, como Egipto. Así, en unas declaraciones formuladas el 3 de septiembre, dejaba entrever la posibilidad de que Uganda acudiese a Egipto y la Arabia Saudita para obtener los técnicos y especialistas que son necesarios para reemplazar a los asiáticos expulsados.

Más tarde, acudía a una medida que nunca falla, el antiimperialismo, para tratar de despertar un eco de aprobación exterior. En tal sentido, el

5 de septiembre, declaraba que el Gobierno de Londres proyectaba su asesinato para sembrar la confusión en el país y colocar en su lugar a un interlocutor más dócil. A mediados de mes enviaba al presidente de Libia, coronel Gaddafi —muy conocido por sus sentimientos anglófobos— un mensaje urgente exponiéndole que el Reino Unido preparaba un ataque militar contra Uganda y que resultaba necesario el envío de material bélico para hacer frente a la inminente invasión imperialista. Gaddafi no echaba en saco roto esta petición y despachaba inmediatamente varios aviones cargados de soldados, armas y municiones para que el general Amin pudiese combatir a las tropas colonialistas. Pero estos aviones eran retenidos por el Sudán, que se negaba a autorizar su viaje a Uganda. Episodio que resulta, por lo menos, extraño y misterioso si se recuerda que fue Gaddafi el que mayormente contribuyó a que Numeiri recuperara el poder que le había sido arrebatado por el golpe de Estado comunista del pasado año. De todas formas, parece ser que los aviones libios pudieron llegar finalmente a su destino. No obstante, al no materializarse el fantasma de los invasores británicos, Amin explotaba el sentimiento xenófobo y afirmaba que el peligro procedía de Tanzania, que se aprestaba a invadir Uganda, en complicidad con la Gran Bretaña y con Israel, para reponer al ex presidente Obote, que se había manifestado dispuesto a revocar la orden de expulsión de los asiáticos, para complacer a Londres, en el caso de que recuperase el poder.

El 17 de septiembre se iniciaban violentos combates en la frontera ugando-tanzania. Kampala anunciaba que «unos 4.500 hombres, entre los que figuran soldados tanzanios, partidarios del ex presidente Obote y mercenarios israelíes, han atacado Uganda y se han apoderado de tres ciudades. Las fuerzas gubernamentales ugandesas han contraatacado rápidamente, y han recuperado las ciudades ocupadas por el enemigo». Se refería a las tres poblaciones de Mutukula, Kyotera y Kalisizo, que habían caído en poder de los atacantes el día 17, pero que fueron recuperadas el 18 al producirse el contraataque ugandés. En la capital se daba la noticia de que los invasores avanzaban en dirección a Massaka, situada a 150 km. al sur de Kampala, y que la importante guarnición de Mbarara, situada a 250 km. al sudoeste de la capital, había caído en manos de los atacantes después de ser defendida heroicamente por los 8.000 hombres de su guarnición. Al saberse que las «tropas enemigas» se hallaban a 25 km. de Massaka se enviaban importantes refuerzos en hombres y material para defender la ciudad.

La situación resultaba extremadamente confusa porque en Dar Es Salaam se negaba tener noticia de tales combates, aunque se sabía que los aviones ugandeses habían bombardeado intensamente la ciudad de Bukova y la región adyacente del territorio tanzanio, al suponer que allí se concentraban los efectivos atacantes. Se desmentía reiteradamente que las fuerzas armadas tanzanias hubiesen participado en ninguna acción militar. El jefe de las Fuerzas de Defensa Popular de Tanzania, general Sam Hargai Sarakykia, desmentía categóricamente la afirmación del general Amin de que más de un millar de soldados tanzanios había invadido Uganda. Esto acrecentaba las sospechas de que, en realidad, los «invasores» fueran los comandos ugandeses adictos a Obote que, como en el año anterior, hubiesen cruzado la frontera para atacar a las tropas gubernamentales, tratando de provocar un levantamiento de la población, a la que se suponía disgustada por las extravagantes medidas decretadas por el general. Todo inducía a creer que Amin deformaba la realidad para transformarla en un ataque militar del país vecino. Kampala insistía en sus acusaciones. Así, el día 18, informaba de que «tres mercenarios israelíes» pertenecientes a las «tropas de invasión» habían resultado muertos en los combates entablados en los alrededores de Mbarara. Entre los prisioneros capturados figuraba el capitán Oyele, primo de Obote, que, según radio Uganda, había declarado que Tanzania mantenía campos de entrenamiento de guerrilleros en Bukova y Tabora, y que la invasión «había sido perfectamente preparada por mercenarios blancos».

El conflicto tomaba un cariz internacional al adoptar el general Amin, el 18 de septiembre, la decisión de enviar un telegrama dirigido al secretario general de las Naciones Unidas —cuyas copias fueron enviadas al presidente de la OUA, en Rabat, y al secretario general de la misma organización, en Addis Abeba— pidiéndole que informase «al Consejo de Seguridad y a los Estados miembros de la ONU del ataque absolutamente no provocado de Tanzania contra Uganda». El telegrama precisaba que, en aquellos momentos, las tropas de Tanzania se encontraban quince kilómetros en el interior de territorio ugandés y que proseguían el avance. El presidente Amin también acusaba a la Gran Bretaña de enviar tropas a Uganda para apoyar a los soldados tanzanios invasores, según afirmaba Radio Uganda. El ministro libio de Asuntos Exteriores, Mahmud Saad, informaba que Londres y Dar Es Salaam deseaban reponer al ex presidente Obote para que éste suspendiese la orden de expulsión de los asiáticos. Inmediatamente, el portavoz del Foreign Office denegaba categóricamente la acusación de Kam-

pala de que el Reino Unido proyectase el envío de tropas a Uganda para que apoyasen a las de Tanzania. «Negamos categóricamente —decía— toda complicidad con nadie en el sur de Uganda. Nosotros no tenemos nada absolutamente que ver con los disturbios que tal vez hayan tenido lugar allí.» El día 19, un parte del cuartel general de Uganda declaraba que sus tropas «están luchando satisfactoriamente porque les consta que los invasores desean arruinar el país y sumergirlo en las tinieblas, como se encuentra Tanzania». Según sus informes, hasta ese momento se habían producido 350 muertos al enemigo y se habían capturado 50 prisioneros.

Esta es la trágica realidad derivada de las arbitrarias medidas decretadas por el general Amin. El exilio, a la ventura, de una inmensa multitud asiática y la explosión de una lucha fratricida entre dos países africanos que debían convivir fraternalmente.

Julio COLA ALBERICH